

572

BIBLIOTECA NACIONAL  
SANTIAGO



BIBLIOTECA NACIONAL  
SANTIAGO

572-2

PLUMA • LÁPIZ

30 C<sup>rs</sup>

# PLUMA Y LÁPIZ



AÑO I

SANTIAGO, VIERNES 19 DE JULIO DE 1912

NÚM. 1

ADMINISTRADOR  
ARTURO D'ALENÇON

DIRECTOR  
FERNANDO SANTIVÁN

SECRETARIO DE REDACCIÓN  
DANIEL DE LA VEGA

DIRECTOR ARTÍSTICO  
CRISTÓBAL FERNANDEZ

OFICINAS:

MORANDE 432

CASILLA 2443

## NUESTRA REVISTA



Estas hojas, que caen á la vida, aprisionadas en las páginas de "Pluma y Lápiz," no provienen árboles de otoñales, ni es el frío del invierno el que las desgajó de la rama; han sido arrancadas de un árbol de perenne verdor, en eterna primavera, para ofrecerlas á los que "han hambre y sed de belleza"...

"Pluma y Lápiz" no llega en son de combate. Es un florido mensajero, como aquellos trovadores de la época caballeresca,—que viene á entretener el hastio de un rudo castellano y á saciar las vagas nostalgias de unas frágiles prisioneras de hierros y muros,—cantando hazañas de esta vida contemporánea: el amor y el odio, el dolor y la alegría, eterna arcilla en que se modela la humana existencia.



Esto en cuanto al público. Para la moderna generación de artistas chilenos, pretende ser un hogar común, un lazo de fraternidad, una tribuna de amplia franqueza, como aquellas modestas revistas

que dirigieron Cabrera Guerra y Augusto Thomson. Su mismo título, "Pluma y Lápiz" pretende ser una evocación de ese pasado de sana, de alegre camaradería intelectual.

No admitimos jefes, ni credos religiosos, ni credos políticos, ni credos artísticos. Caravana de transeuntes en el desierto de nuestra patria, cada soldado será un general y cada general un soldado. "Pluma y Lápiz" pretende ser apenas una carpa común que nos cobije del hielito de las noches, tan pobre que su techo estará abierto y desgajado, y tan rica que por esa abertura contemplaremos las estrellas y el infinito.

Y pueda que nuestros cantos, unidos en una misma admiración y separados por su marcada personalidad, formen una poderosa sinfonia orquestal, salvaje y ruda, como nuestros bosques y nuestras costas; solemne y religiosa como las montañas andinas que nos han enseñado á orar; plácidamente dulces como los paisajes idílicos de las campiñas chilenas!

# Don Benito



## Un Pintor Rebelde

Benito Rebolledo Correa

ALLÁ lejos, en Providencia afuera, donde la atmósfera toma azules y limpias amplitudes maricas y donde el alto y grave edificio de una fábrica ó de un molino, con su hilera de ventanas mudas, se da un apretón de manos con las primeras casitas rurales, fué don le fuimos á visitar á este artista rebelde como un Ravachol y humilde y suave como un Cristo en oración.

Ahí vive, en una vieja quinta, que más semeja vivienda de prelado octogenario, que "garconnière" de bohemio.

El tranvía nos dejó casi á la puerta. Llamamos.

—¿Está Benito?...

La criada que nos ha abierto parece dubitar. Pensamos, que, acaso está desorientada por la familiaridad de nuestra pregunta ó quizás por el fin que allí nos lleva.

—Avísele que de la Redacción de PLUMA Y LÁPIZ...

Al decirle á la fámula nuestra calidad de redactores de una revista, nos

guía simplemente el deseo de no perder nuestro viaje, pues, la psicología nos ha enseñado, que pocas veces se niega una entrevista á la persona que murmura al oído de un lacayo, la mágica frase: «De la Revista tal...» «Del diario cual...», que tiene la po-

derosa virtud, ante las puertas herméticas y las personalidades inabordables, del maravilloso «Sésamo ábrete» de las Mil y Una Noches.

Pero delante de la puerta de Benito Rebolledo Correa, este santo y seña no tiene objeto, es supérfluo.

Y la prueba de ello es que, el pintor, que ya ha conocido nuestra voz, se acerca por el zaguán, adelantando, por sobre el hombro de la sirvienta, su rostro moreno y expresivo, rodeado de una barba-negrísima, rizada y enmarañada de evangelista. La criada ha dejado la puerta franca, y nosotros nos sorprendimos de no ver al artista descalzo, en la mano el alto cayado, vistiendo el pardo y áspero sayal del hermitaño, como complemento de esa cabeza de Bautista, que parece arrancada de algún fresco de vieja catedral española.

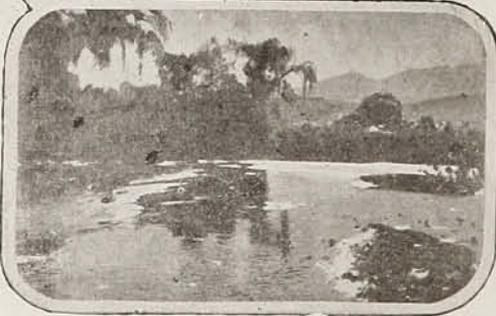
—¡Ah!... ¿Eres tú?... Entra...—nos dice, echándonos una mirada risueña por el angulo de los párpados fruncidos, como si apreciara el valor de una pincelada recién puesta sobre la tela.

Entramos, y de súbito, casi sin transición, pasamos de la opaca claridad del pasadizo, al taller, iluminado con todas las violentas y cálidas luminosidades del sol, que el artista ha robado para sus cuadros.

Aquello nos da la sensación imaginativa de encontrarnos en el misterio del laboratorio de un Cagliostro, que por un conjuro milagroso, hubiera abierto en las paredes, ventanas hacia todos los paisajes de nuestra hermosa tierra. Cada tela colgada del muro, corresponde á un pedazo de naturaleza, borracha de luz y vibrante de color, pero en la que existe siempre la nota típica del alma del artista.

Y esta nota característica la constituye siempre la rebeldía de su espíritu y de su temperamento fogoso de luchador. Desde muchacho, cuando ingresó á la Academia de Bellas Artes,—por poquísimos tiempo,—su caracter ardiente y revolucionario,

lo llevó á pelearse con sus maestros, que lo querían uncir al arado de la rutina. El discípulo no quería ó no podía ver el color y la línea á través de la retina de los maestros. La luz tamizada y falsa del taller lo desesperaba, le despertaba sensaciones diferentes en su cerebro y para marchar solo por la



naturaleza no le hacían falta lazarillos que lo llevaran de la mano. «Dejadme solo,—exclamaba—yo también tengo dos ojos y no necesito guías...» Y abandonando la Academia, en los ratos que le dejaba libre su oficio de pintor de liso ó de brocha gorda, se



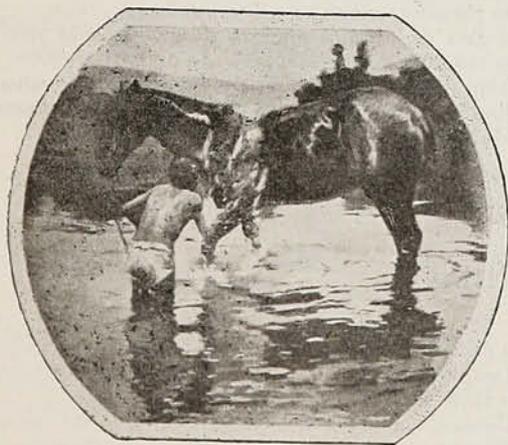
marchaba á la campiña con los ojos del rostro y del alma bien abiertos, sin más compañía que la fé en su talento artístico.

Y al volver de allá, si no traía siempre dentro de su caja de colores alguna sabrosa manchita campesina, á lo menos, iba aprendiendo á adorar y á conquistar la naturaleza, que debía entregársele más tarde, sumisa, palpitante y fresca, como una adorable é ingénuo chiquilla florecida en pleno campo, en dulce comunión con los pájaros y las nubes.

Su primer triunfo—si aquello se puede llamar así—lo obtuvo con su famoso «Mercado de blancas». Tela imperfecta si se quiere, pero de un enérgico gesto de audaz valentía, ante un público hipócrita, que traíea con «entrevé» la blanca desnudez de las Venus y desnuda con lúbrica mirada de sátiro á las mujeres por la calle. No he de narraros la historia, todos la sabéis, tal vez conozcáis mejor que yo aquella cómica odisea del cuadro, su rechazo del Salón, su exposición en la vía pública la intervención de la autoridad, etc.

El pequeño escándalo no tuvo mayor resonancia pero el público consciente hubo de fijarse en ese mochetón bravío, de blusa revolucionaria y corbata «choufleur», que parecía recién llegado del fondo de la salvaje montaña araucana y que pintaba con rayos de sol.

Desde entonces datan sus triunfos y su constante progreso. Es esto lo que más asombra en la vigorosa labor de Benito Rebolledo Correa: el progreso. Os lo repito. Asombra, verdaderamente. De exposición á exposición, de mes á mes, de día en día, se nota en sus telas la evolución siempre creciente hacia la perfección técnica. Comparando fotografías de sus cuadros últimos, con los que adornamos estas páginas se ve á simple vista el enorme avance. La línea se suaviza; las sensaciones de luz,—que para los airelibristas, constituyen el alma de sus cuadros,—se afinan de un modo maravilloso; la gama del color se armoniza, sin esas pinceladas de matices opuestos en un mismo pedazo del lienzo, que antes empleaba; la profundidad admirable no solo está obtenida por los recursos de perspectiva lineal, sino también por la valorización cromática de los tonos, la pincelada misma se sueña con graciosa liviandad.

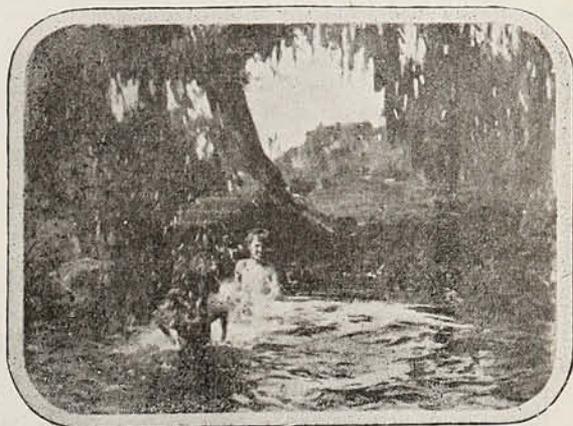


Todos estos problemas de técnica pictórica, han sido resueltos por el pintor en el aislamiento de su alcázar de marfil, sin maestros, sin segur tendencias ó desinteresados consejos de la camaradería, que casi siempre es la que, consciente ó inconscientemente,

pone la cáscara para que el compañero resbale al abismo del fracaso. La resultante de este solitario vivir ha sido también su personalidad inconfundible.



Encontramos á Benito Rebolledo atareadísimo, preparando su próxima exposición, que se lleva á cabo en los elegantes salones de EL MERCURIO. Las telas que reproducimos irán á ese saao artístico.



Mientras Benito nos explica estas cosas, dejamos vagar nuestra mirada distraídamente por un rincón del taller, al que van invadiendo las sombras de la tarde. Un retrato de Tolstoy, vestido con un blusón de mugik, en uno de cuyos bolsillos anchos aparece el lomo de una Biblia enana, nos hace sonreír, recordando las ideas socialistas del pintor. Este nos mira, y en el fondo de sus ojos brillantes y serenos, tiembla, como en la quietud de esos remansos dormidos bajo el toldo de los sauces pensativos, toda una triste caravana de añoranzas de sus tiempos de apóstol.

—¿Recuerdos de entusiasmos juveniles?—le decimos para pincharlo, señalando con un gesto despectivo de los labios, el retrato del patriarca de Jasnaña Poliana.

Sus ojos se iluminan con un destello ardiente y sincero.

—¿Qué? ¿Te imaginas que he claudicado? NÓ. Lo que he hecho, sí, es cambiar el procedimiento. Es necesario educar al pueblo, refinarlo, levantarlo hasta nosotros, antes de hacerle el bien... Así como está ahora, no sabe, no puede comprenderlo...

—¿Y por qué?

—La práctica me lo ha enseñado.

—Veamos cómo.

—Hace de esto mucho tiempo. Yo pensaba que si el pueblo era malo y criminal, era porque en la mayoría de los casos tiene frío y hambre. Y cuando el frío quema las carnes y el hambre muerde en el estómago, como una jauría de perros rabiosos, ambos le gritan á uno al oído:

—«¿Tienes hambre? ¿Y por qué? ¿No has visto en la vitrina resplandeciente del restaurant las perdices de carne blanca y morena como la de una muger? ¿Y las inmensas langostas que mueven las antenas con tímidas lentitudes? ¿Y el champaña rubio? ¿Y la sangre roja de los viejos tintos? ¿Y el café negro y perfumado que exita los nervios tan dulcemente?»

Y uno les dice: «Sí, todo lo he visto, pero no tengo dinero»...—¿No tienes dinero, dices? ¿Y por qué? No viste á ese señor que bajó del automóvil, envuelto en un gabán de pieles? Ese lo tiene, es inmensamente rico.—Pero no me lo dará, si se lo pido.—¿Qué inocente eres! ¿Quién habla de pedir? ¿No eres fuerte?

¿No tienes un par de brazos robustos y fornidos? ¿Para qué crees que son? Para eso. Para darle á ese caballero un abrazo de «confraternidad» y quitarle la cartera y si se resiste, lo estrangulas, que tú también tienes derecho á vivir»...

Pensando en esto tuve una idea. Puesto que yo ganaba lo suficiente para mis necesidades ¿por qué no emplear el sobrante en engañarle el hambre á esos muchachos vagos que deambulan por ahí? ¡Qué contento me sentí el Sábado siguiente cuando recibí mi escaso jornal de obrero! Apretaba los sucios papeles entre mis manos y pensaba: ¡cuántos pobres van á comer esta noche! Me fui á un almacén y compré queso y pan. Hice bastantes sandwiches y me fui á la Alameda, donde había visto siempre á esos niños que tiritaban bajo sus harapos, acurrucados en los asientos. Allí estaban como de costumbre. Me dirigí al grupo. Eran seis ó siete.—¿Tienen hambre niños?

¿Quieren pan? Tomen.» Les alargaba los sandwiches, contento, acechando en el brillo de sus ojos húmedos por el frío, el efecto que haría en sus espíritus ese poquito de felicidad que yo ponía ante sus bocas. ¿Qué crees que sucedió? Me miraban desconfiados, tomaban el pan y echaban á correr. Probablemente corren de alegría, pensaba yo. Pero al dirigirme á uno que estaba solo en un banco, oí que los otros le gritaban desde lejos: «Arranca, Guatapurula, hó, mira que es...» Al mismo tiempo arrojaban el pan á la acéquia

Me atribuían—concluye el pintor, sonriendo tristemente—las aficiones sensuales del Barón de Labos y de los habitantes de Sodoma... Y con razón! ¿Con qué derecho iba yo á matarles el hambre?

MARTÍN ESCOBAR.

Julio de 1912.

## EL CONGRESO ESTUDIANTIL



El americanismo triunfa, y toma aptitudes rápidamente.

Una grata impresión ha dejado en nuestra sociedad la visita de los estudiantes brasileros argentinos y uruguayos, que pasaron por Lima al Congreso Estudiantil.

Esto ante que todo nos parece un bello símbolo. Un magnífico apretón de manos.

Estamos cansados ya de las paces que celebran continuamente las repúblicas sud-americanas, que no pasa de una docena de banquetes, y de dos banderas atadas de una manera cursi por un lazo de fraternidad.

Estos sentimentalismos de la política no conducen á nada—decía Manuel Ugarte—hasta el día en que cesen los símbolos teatrales, y la comunión se haga por la comercia y la intelectualidad.

El Congreso Estudiantil es el primer paso, solidamente dado. Ojalá que éste bello gesto encuentre eco en todos los corazones, hijos de este puñado de patrias jóvenes, como un as de alboradas.

Y ésta es la única manera de preparar la defensa para mañana de los zarpazos de un ogro viejo.

Reproducimos un grupo de éstos distinguidos estudiantes, tomada durante una visita que hicieron á la Moneda.

## 14 DE JULIO

Brillantísima resultó la fiesta del 14 Julio último. En el banquete patriótico verificado en el Teatro Politeama, el esprit frances dió un bello colorido á esta gran reunión. A la hora del champagne, hizo uso de la palabra el seor René Gorichón, presidente del comité de fiestas. Contestó el señor Ministro de Francia don Paul Veillet Dufreche, y á este le siguieron en el uso de la palabra señor Roberto Huneeus, el comandante Echavarría en nombre de los militares chilenos condecorados con la Legión de Honor, una alumna de la escuela Arriarán, el señor A. Reyé en nom-

bre de L'Alliance Francaise, y don Armando Civrac. Después las alumnas de la Escuela Arriarán cantaron la Marsellesa en forma correctísima.

Cerca de las tres de la tarde terminó ésta simpática fiesta.

Gran números de los asistentes acompañados por el Orfeon de Policia se dirigieron después al local del Círculo Frances, en la calle de Ahumada, en donde se continuaron las manifestaciones de regocijo. El Orfeo continuó tocando variadas piezas francesas y chilenas que avivaron el entusiasmo.